

EL GOLPE DE SINGAPUR

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

Li Kuan-yew, primer ministro de Singapur, se desmayó en el momento en que anunciaba a la prensa que su isla-Estado se desgajaba de la Federación de Malasia y comenzaba una peligrosa aventura solitaria en un fragmento del mundo dominado por la guerra, la agitación, las ambiciones de los grandes: en el Sudeste asiático. El peligro ya lo tenía encima, y su decisión de independizarse la ha tomado como una medida de extrema urgencia. La Federación Malasia a la que pertenecía está prácticamente en guerra con Indonesia. Malasia o más bien el Estado central de la Federación, Malaya, se va convirtiendo poco a poco en un Estado fascista, desbordando al Tunku —príncipe— Abdul Rahman. El Tunku ha escrito una carta al vice-primer ministro de Singapur en la que le dice: «Si yo fuese aún suficientemente fuerte como para controlar la situación completamente, quizá hubiese podido retrasar esta decisión; pero no lo soy, y por eso no me queda más que aconsejar tolerancia y paciencia...». Enfrente, Indonesia se radicaliza más hacia el comunismo y su Presidente, Sukarno, cuenta con la amistad fraternal de Pekín. Nos encontramos ante uno de los numerosos casos que plantea el final de los imperios. La Gran Bretaña, al terminar su mandato en las islas del Sudeste asiático, quiso asegurarse su posteridad y dejó tras sí unas estructuras neocoloniales poderosas: dejó montada una fuerte industria —el caucho, la copra, las frutas, bastantes minerales— y una organización comercial orientada hacia la metrópoli. Para defender esta estructura creó una Federación siguiendo una orientación política de la que luego hablaré: la política de Federaciones. Alagando el riesgo comunista, reforzó importantísimas bases militares. Para muchos ciudadanos de aquella zona, la solución fue una decepción: encontraban, o creían encontrar, que la independencia había sido un mito, y sólo habían cambiado las formas de ocupación. Indonesia se sintió amenazada por esta serie de bases británicas. Indonesia había conseguido una independencia real de la corona de Holanda, mediante una revolución dirigida por Sukarno a raíz de la ocupación japonesa: creó entonces, en 1945, una República y promulgó una Constitución, pero no alcanzó su soberanía plena y total hasta 1959, después de diversos avatares militares y políticos. Sukarno no era comunista ni lo es aún; pero la creación de la Federación de Malasia le fue inclinando poco a poco —o mucho a mucho— hacia los comunistas y China le presta ayuda en la lucha territorial que mantiene en Borneo contra las tropas malayas y sus «consejeros» británicos. Además de esta situación exterior, existe una complicada serie de tensiones interiores. La Federación agrupa unos 10 millones de ciudadanos de distintas razas y religiones, que forman un mosaico difícilmente conciliable. Un gran número de federados desean la evicción de los ingleses; muchos quieren la ruptura de una federación que consideran artificial y en la que cada uno de ellos se considera víctima. El pequeño Estado de Singapur, con menos de dos millones de habitantes, es precisamente una de esas víctimas. La situación general de la Federación le impide la expansión de su comercio, que principalmente se dirige hacia Indonesia y hacia

China. Es, al mismo tiempo, la zona más rica de la Federación. Su renta por cabeza es de unos 1.300 dólares; la de la Federación completa, de 243. Por lo tanto, Singapur se veía obligado a mantener con su propio dinero el esfuerzo de una guerra que defiende la integridad de unos territorios que le importan muy escasamente; a financiar una guerra que le privaba de sus mejores clientes. Al mismo tiempo, la mayoría de sus habitantes de origen chino —un millón cuatrocientos mil— se veía continuamente amenazada por la minoría malaya —unos trescientos mil habitantes—. Sin contar con el enorme peso amenazador de la poderosa Indonesia, que tiene cerca de cien millones de habitantes, principalmente musulmanes...

Singapur se ha ido «por una reacción de miedo», como ha dicho el propio Li Kuan-yew en el momento de desmayarse, como una prueba física de que lo que estaba diciendo era verdad. «La Federación era un sueño; ahora puedo asegurar que nunca, mientras yo esté en vida al menos, Singapur volverá a incorporarse a ella». Li Kuan-yew había sido uno de sus principales creadores. Li, pequeño y nervioso, bailarín y deportista, tiene educación inglesa y vocación china. Es hijo de un multimillonario chino que soñaba con que su primogénito fuese inglés: le envió a Cambridge, de donde regresó con dos títulos —en filosofía y en derecho—, con un elegante lenguaje irónico y pulido, pero más chino que nunca. Cuando uno de sus profesores de Cambridge le felicitaba por un éxito en los exámenes y le decía: «Ya está usted preparado para regresar a Singapur y mantener allí la bandera británica», Li respondió: «Mi principal deseo es ayudar a que se retire esa bandera». De regreso a su isla su primer esfuerzo fue para aprender las lenguas de Singapur —el chino y el malayo— y formar parte en las filas nacionalistas. Esta reacción no es extraordinaria: es muy frecuente entre todos los colonizados que acuden a estudiar a la metrópoli. En cambio, el Tunku Abdul Rahman fue un ejemplo del caso contrario. Abdul Rahman tiene antecedentes de gran peso: es hijo de un sultán, pertenece a las antiguas clases feudales a las que siempre halagaron los ingleses como medio de defensa contra el pueblo. Además, no es inteligente. Conseguir uno de los títulos que ganó rápidamente Li, el de derecho, le costó nada menos que 29 años en Cambridge. Es, sin embargo, un hombre de buena voluntad que se ha visto desbordado por los acontecimientos y que no puede dar marcha atrás. Estos dos protagonistas se encontraron nutridos por una misma esperanza: la de que la Federación de Malasia podía ser un gran Estado que equilibrase el Sudeste asiático. El Tunku se echó en manos de Gran Bretaña; Li ha dado un rudo golpe a los ingleses con esta secesión.

Porque es muy probable que la escisión de Singapur provoque, a la larga, la salida de otros Estados y el estallido sin remedio de la Federación, elaborada con tantos esfuerzos por el Ministerio de Colonias y por el de Asuntos Exteriores. La política de Federaciones trataba de formar grandes agrupaciones regionales entre

los países descolonizados por Gran Bretaña, de forma que unos se encontrasen comprometidos con otros, y todos ellos con la Commonwealth. La primera que fracasó fue la de las Indias Occidentales —o sea, en las Antillas—, que cayó en 1962. La segunda, la llamada de Rodesia-Niasalandia, cuyos tres Estados se desintegraron; uno de ellos para convertirse en Zambia (Rodesia del Norte), el otro en Malawi (Niasalandia) y el tercero en Rodesia (Rodesia del Sur), el 31 de diciembre de 1963. La Federación de Arabia del Sur —la riquísima zona petrolera de Aden y sus vecinos: 17 Estados— amenaza con deshacerse antes siquiera de que alcance su independencia, prevista para 1968, como ocurrió con la imaginada Federación de África Oriental —Kenya, Uganda, Tanganika, Zanzíbar; sólo estos dos últimos países se han unido con el nombre de Tanzania—, que estalló antes de que sus miembros fueran independientes. Es necesario pensar que estas agrupaciones de distintas culturas económicas y tradicionales son aún difíciles de conseguir, de no ser espontáneamente. Pensemos que países de tanta madurez como Bélgica y Canadá conocen aún en estos días problemas hondos por las diferencias de culturas y de idiomas entre sus comunidades. Los Estados Unidos son una Federación que ofrece una considerable unidad: para ello ha sido preciso que los distintos Estados mantengan derechos propios, leyes propias. Y, de todas formas, una gran parte de los problemas interiores de Estados Unidos procede de las dificultades del Federalismo. Que, sin embargo, es una gran idea, una idea que tiene un futuro político inevitable, pero a condición de que el equilibrio entre los Estados federados sea perfecto y que ninguno se encuentre sometido al otro.

Aun suponiendo que los otros Estados de la Federación de Malasia sigan momentáneamente unidos, la escapada de Singapur es ya un golpe rudo para la Federación, y un golpe más para el federalismo impuesto. Indonesia y China han acogido con júbilo la noticia, aunque con cautela; no acaban de confiar en lo que ha de ocurrir en Singapur. En cambio, los Estados que llamaremos, por abreviar, imperialistas, son los primeros en reconocer oficialmente la nueva situación: Australia, Nueva Zelanda, Canadá, la China de Formosa, se han apresurado a dirigir mensajes de entusiasmo a Li Kuan-yew. Lo importante ahora para esos Estados es que se puedan conservar las bases británicas de Singapur, que son las más poderosas del Sudeste asiático —exceptuando, claro está, las de los Estados Unidos—. Este es otro drama con el que se enfrenta Li. Singapur es la sede del Gran Cuartel General para Extremo Oriente de la Gran Bretaña. Tres bases aéreas y una gran base naval —a la que están agregados cien navíos de guerra— convierten la isla en una fortaleza. No se sabe bien cómo podrá convencer a los ingleses de que se vayan; pero, por otra parte, él mismo teme que se vayan, puesto que el arrendamiento de estas bases le proporciona unos ingresos de 150 millones de dólares al año, y dan trabajo a unos cuarenta mil isleños. Sin embargo, mientras estén allí las bases no será nunca admitido como anticolonialista, y las amenazas seguirán pesando sobre él...

Será probablemente la propia Gran Bretaña la que resuelva este problema por sí misma, buscando otras bases más seguras. Será un movimiento más del «repliegue imperial» que se produce incesantemente desde el final de la segunda guerra mundial. Hay planes previstos para una retirada hasta Australia; planes que Australia favorece porque considera que cuando la situación del Sudeste asiático se haya concluido a favor de los nacionalismos, la punta comunista la amenazará directamente. Se menciona Darwin como sede del Cuartel General. Pero no todo el mundo en Gran Bretaña cree que sea necesario este enorme esfuerzo de mantenimiento de bases. El diario «Daily Mail» se hace portavoz de esta opinión advirtiendo que Gran Bretaña está gastando anualmente 350 millones de libras esterlinas en mantener bases y guarniciones en ultramar, «algunas de las cuales han servido su propósito», y que éste es un excelente capítulo para reducir gastos y restaurar la dañada economía británica. En cuanto a la base de Darwin, el «Daily Mail» está seguro de que en un momento dado, Australia pasará rápidamente a depender de los Estados Unidos, abandonando la Commonwealth, y haciendo, por lo tanto, inútil el esfuerzo británico.

EL AFRICA DE LA QUE OIMOS TANTO HABLAR Y DE LA QUE TAN POCO SABEMOS: SU MUSICA, COLORIDO, SUS RITOS, SUS BAILES..., SUS LUCHAS



JOSEPH E. LEVINE
PRESENTA

STANLEY
BAKER
JULIET
PROWSE

CON
SIEGFRIED
MYNHARDT
KEN
GANPU



Dingaka

COLOR

Escrita,
producida y
dirigida por
JAMIE UYS

